

que acaban de salir del agua, cada una con sus cordillos al lado. No parece sino que tus palabras son trenzas encarnadas sujetas en tus labios: tal gracia tienen cuando salen de tu boca. La modestia y el pudor han fijado de tal manera su asiento en tus mejillas, que pudieran tomarse por dos medias granadas. Tu eminente virtud adornada de sus perfecciones se distingue de tan lejos como la torre de David con los baluartes que la rodean por uno y otro lado, sin hablar del arsenal que hay dentro pertrechado de todo género de armas. La fecundidad y la virginidad unidas en tí sola, que son tus dos pechos, me parecen dos cervatillos que pacen juntos entre los lirios y las flores mas vistosas del campo. Por fin ¿qué mas quieres que te diga, pues confieso que eres hermosa y perfecta á mi satisfaccion y que ninguna se te asemeja entre las hijas de Jerusalem?»

X. Por otro lado la casta esposa no escatima sus elogios, porque emplea sus cinco sentidos y hace cuanto puede para ensalzar á su amado esposo, á quien habla de esta suerte: «Mi amado es blanco y colorado en razon de su divinidad y de su humanidad. Es tan hermoso, que basta la gracia incomparable de su rostro para hacerse conocer entre millones de los mas cumplidos. Su cabeza, que es la divinidad, resplandece mas que el oro fino herido por los rayos del sol. Sus cabellos negros, crespos y rizados, que son los designios incomprensibles de su profundísima sabiduría, se asemejan en algun modo á las flores de la palmera. La inocencia de su alma está retratada en sus ojos como en un espejo, y parecen lindas palomas mas blancas que la nieve, que retozan en la corriente de las aguas. Su benignidad y afabilidad, la gracia con que recibe á todos, y los atractivos de su semblante no puedo compararlos á otra cosa mejor que á dos cuadros de un jardin lozano, sembrado de flores y yerbas aromáticas de toda especie. Sus pláticas embele-

san tanto, que al oirlas no parece sino que son la primera mirra que sale del tronco en abundancia y espontáneamente. Sus acciones figuradas por las manos son tan redondas y proporcionadas como si se hubieran hecho á torno, y además tan divinas, que para manifestar su precio lleva en cada dedo un jacinto engastado en oro. Su sagrada humanidad, que podria yo llamar su vientre, es mas brillante y mas vistosa que el blanco marfil moteado de zafiros á causa de los extraordinarios actos de virtud y de las obras maravillosas que produjo con pasmo del universo. La parte inferior de su cuerpo, que representa su fortaleza incontrastable y su valor invencible acompañado de una santa perseverancia, puede compararse á dos bellas columnas de mármol blanco asentadas sobre basas de oro macizo. Si habeis visto alguna vez el monte Libano poblado de toda especie de árboles que se aventajan unos á otros; teneis una idea de su altura y una figura de sus escogidos; pero el cedro, que es como el rey entre los árboles y recomendable por todas sus buenas calidades, es una imágen de mi amado, honor de los hijos de los hombres mucho mas que aquel árbol es la gloria del Libano. Otras muchas maravillas tendria que deciros de él; pero basta esto poco para distinguirle entre los demás. Tal es el amado de mi corazon, hijas de Jerusalem.»

XI. Con estos armoniosos conciertos hemos llegado á la ciudad, donde nos esperan el banquete de boda y los demás preparativos. Pero ten paciencia, querido lector; que te prometo dar en el capítulo siguiente las seguridades del matrimonio consumado y cuanto puede desearse de los frutos de este divino casamiento.

§. VI.—Del honor y del poder que la Virgen santísima recibió por medio de este divino matrimonio.

I. Mientras por un lado el cielo y la tierra resuenan con cánticos de júbilo y publican acordes las grandezas de los esposos, celebrando solemnemente la iglesia triunfante y la militante la fiesta de esta boda tan deseada, el hereje siempre parcial y envidioso hace el desdénoso y á la manera del hermano mayor del pródigo no quiere entrar en la casa, ni tomar parte en el regocijo público. Revienta de despecho al oír las alabanzas y aplausos que recibe de todas partes la madre de Dios. Se encubre con su falso pretexto acostumbrado y con su capa rasgada del cielo por la honra de Dios: protesta que no puede consentir esas palabras supersticiosas y blasfemas (así las llama), por las cuales es tan ensalzada la virgen María, que no le falta mas que la divinidad. No puede tolerar que se la llame madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, nuestro amparo y protectora, ni que se le den otros nombres semejantes, que el amor autorizado por el juicio de la iglesia santa ha sugerido á sus devotos siervos. Llega al extremo de citar ante el tribunal de su opinion privada los decretos definitivos de la iglesia católica, y grita cuanto puede que todos esos títulos son unas novedades inventadas en perjuicio de la honra y gloria que debemos á Dios solo; y sobre esto empieza á echar pestes y se separa de la casa de Dios á quien S. Pablo llama la columna y fundamento de la verdad (1).

II. Paréceme tener derecho para decir con el hijo de Dios que hay que dejarlos por lo que son, sin hacer

(1) Ad ephes. IV.

caso de su vocinglería: que son unos espíritus frenéticos é indóciles á la razon; y que por un puñado de ranas apostadas para turbar la fiesta de la capilla real no hemos de suspenderla. Si esos hombres de genio agreste se dejaran amansar por el discurso, les acotaria el del inclito doctor S. Agustin, el cual muestra en el libro tercero de la Doctrina cristiana que siendo el Salvador la cabeza de la iglesia y los cristianos sus miembros, no es maravilla que aun en el estilo de los libros sagrados se apropien á los miembros las calidades de la cabeza, segun han declarado mas largamente algunos escritores modernos (1). Siendo esto así, mucha menos dificultad se habrá de poner á dar á la Virgen una buena parte en los bienes y calidades de su hijo, pues tiene mas derecho que nadie. Yo les pondria á la vista lo que observaba Tertuliano escribiendo contra el hereje Hermógenes: que siempre ha sido propiedad suya interpretar torcidamente la ingenuidad y simplicidad cristianas y no querer considerar que se dicen de Dios por esencia, propiedad y excelencia muchas cosas que atribuimos á los santos y principalmente á la santa de los santos solo por imitacion y con participacion. Les traeria á la memoria esta observacion de Haimon, obispo de Alberstadt (2): que habiéndose unido el rey del cielo á la preciosa sangre de la virgen María y habiendo morado nueve meses en su vientre, no es tan extraño que haya tenido ella tanta parte en sus grandezas y excelencias, como lo seria el que este huésped divino hubiese dejado de pagar liberalísimamente su posada.

III. Pero pasando por alto todas estas consideraciones quiero que nos detengamos en sola la calidad que

(1) Canis., De Deipara, l. 3, c. 12 et 13. (2) Serm. de Assumpt.

he examinado en todo este capítulo: hablo de la de esposa del Salvador. ¿No es verdad que todas las leyes divinas y humanas ensalzan á las mujeres en proporción de sus maridos y las ponen en posesion de los títulos, honores y calidades que estos poseen? Entre los romanos era antigua costumbre que al entrar la mujer en casa de su marido le dijese: «Donde tú seas Cayo, seré yo Caya;» que equivalia á decir que donde quiera que él fuese señor, seria ella señora y tendria derecho á todos los títulos, honores y calidades que él poseyese. ¿Y habríamos de ser tan desnaturalizados, que solo á la Virgen disputásemos el derecho que no se disputa á ninguna otra mujer? Si su esposo es rey, ¿por qué no hemos de llamarla á ella reina? Si es el padre del siglo futuro, ¿por qué razon no ha de ser ella la madre? Si es soberano, ¿por qué no ha de serlo ella? Si es nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza, ¿no seria un rasgo de malignidad negar esos mismos títulos á la que tan honrada fué por él? Desearia yo saber si esos hombres son mas celosos de la honra de Dios que los santos padres, los cuales la llaman sin dificultad el arca del testamento, la ciudad de Dios, el trono de su majestad, la flor del campo, la fuente de luz y de inmortalidad, el huerto cerrado, el fruto de vida, la perla del mundo, el propiciatorio del universo, el santuario de la divinidad, el templo de la gloria de Dios, el canal de las gracias del cielo, la causa de la salud de los hombres, el rescate de los cautivos, el asilo de los cristianos, la medianera de los pecadores, la medicina de los pecados, la ruina de la muerte, la entrada de la vida, el tesoro de la santidad, la raiz de todos los bienes de que gozamos, la restauradora de los siglos, la gloria de los ángeles, el honor de los patriarcas, la regente de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, la maestra de los doctores, el espejo de los confesores, la luz de las vírgenes, la antorcha de la

iglesia, el cetro de la recta creencia, el gozo de los bienaventurados, la señora del cielo y de la tierra: en conclusion le dan otros infinitos títulos de excelencia y poder, que propiamente pertenecen á Dios solo y á la sabiduría encarnada. Pero como son gobernados por el espíritu de Dios y no guiados del de una crítica desabrida y hostil, saben que el Señor á quien sirven, tiene singular deleite en que se tributen todos estos honores á la que tan honrada fué por él mismo.

IV. Exceptio siempre lo que es incomunicable, como su divinidad y lo que depende inseparablemente de ella, aunque no deja de comunicarla á veces á los suyos, y entre los obsequios que les hace, les permite llamarse dioses. Por lo demás ya que esos espíritus díscolos se resienten tan fácilmente y se formalizan por tan poco, pienso no tenerles ninguna consideracion, sino sentarles bien la mano y mostrar despacio los admirables privilegios comunicados á la Virgen de resultas del glorioso título de esposa del Salvador. Oígalos el peccador y tiemble cuanto quiera: su despecho no perjudicará mas que á él solo, y á pesar de su impiedad la casta esposa gozará siempre de los derechos y privilegios de su esposo, como procuraré hacer ver hasta el fin de este tratado.